

Metamorfoseando la memoria y la historia a través del lenguaje

Adriana Stefany Sirosi Acero¹

Suena el timbre del despertador, lo que le indica a Catalina que son las cuatro y treinta de la mañana, y que finalmente ha llegado el día tan anhelado.

Se levanta con un poco de ansiedad y muchas expectativas sobre todas las experiencias que traerá a su vida esta nueva aventura: ser nuevamente estudiante “primípara” en una carrera universitaria de pregrado, después de casi veinte años de haber dejado las aulas universitarias. Hoy iniciará sus Estudios Literarios con el gran sueño de escribirle un maravilloso cuento a su pequeña hija, Laura.

Y le parece que precisamente hoy, el tiempo ha decidido meter el acelerador y sus alas van a mil. Como típica estudiante desayuna moviéndose de un lado para otro y los besos de despedida de sus seres queridos no logran siquiera percibir el tacto de las mejillas; sale corriendo y después de una gran batalla de empujones logra subirse al moderno bus rojo, emblema y orgullo de su ciudad, para llegar a la FUAC.

Al bajarse siente que sus pulmones ya casi no tienen aire y no sabe si es por la cantidad tan grande de personas que venían en el bus o si son los nervios los que la tienen en ese estado.

El calendario le indica que hoy es lunes 4 de agosto de 2008. Catalina está en la maravillosa ciudad de Bogotá, D.C., donde las nubes continúan abrazadas y el viento las ayuda a estar más juntas. La primera sede de la clase de Catalina es, donde, según cuenta la historia, anteriormente quedaba la Clínica Central de Bogotá, lugar donde murió el líder liberal Jorge Eliécer Gaitán, lo que le ha dado un poco de misterio y suspenso a esta primera clase de las Carreras de Estudios Literarios, Filosofía e Historia de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Autónoma de Colombia.

El salón 307 del bloque 12 se llena poco a poco de murmullos aunque no de muchos estudiantes.

¹ Estudiante del programa de Estudios Literarios de la Universidad Autónoma de Colombia. Actualmente en proceso de elaboración del Trabajo de grado. Este texto fue elaborado en agosto del año 2008 para la materia de Taller de Lenguaje I.

Ariel, el profesor de Taller de Lenguaje I, cubano, acaba de entrar con pinta totalmente negra de pies a cabeza y su pelo largo, un poco ondulado, recogido. Para seguir con el protocolo típico del primer día de clase, da comienzo al evento con la presentación de él, de su materia y del programa a seguir:

Frente a él se encuentran trece personas -a las cuales no invita a presentarse-, sentadas allí, soñando, tal vez, en que aquí se inicia la primera puntada para construir un país y un mundo mejor:

Una de las estudiantes es Catalina, una estudiante que hace rato dejó su juventud y se goza de su categoría de “mujer en edad madura” aunque esto no necesariamente signifique que sea madura, Allí está ella, frente a su nuevo profesor; y aunque él cree estar acaparando su atención, ella está en otro mundo, preguntándose para qué diablos le irá a servir esta materia. Precisamente a ella, que aunque le gusta escribir no tiene una pose de intelectual definida, ni pretende tenerla, característica particular de muchos escritores. Ella solo está acostumbrada a narrar los recuerdos de su vida, de su familia, de sus amigos. Y por supuesto, a veces, sus sentimientos y desengaños la llevan a escribir sobre el país, sobre todas esas historias no contadas de seres extraordinarios, invisibilizados por tantas reglas de orden social, político, ético, cultural y económico.

Se tranquiliza al observar que, coincidentalmente, todos los pupitres del salón están nuevos, en ninguno hay una sola raya dibujada y esto es símbolo, según su interpretación, que aquí apenas se inicia esta historia, que entran los primeros personajes en escena, pero al igual que ella, ninguno de sus compañeros de clase ha empezado a escribir y ordenar su cuento. Su cabeza no ha dejado de producir una gran cantidad de ideas ni un solo instante, unas son verdaderamente disparatadas, sin embargo, Catalina trata de acudir a su cordura para producir una bien hilada, pero en su cabeza también retumba una gran rebeldía que la hace negarse a producir algo extraordinario.

Resignada, se limita a imaginar si sus compañeros, si su profesor, tendrán igual de blanca su mente ante la expectativa y el nuevo reto. ¿Qué límites nos pondrán para pensar, para ser creativos y qué tanto espacio dispondremos para hacerlo? ¿Alguno de nosotros se rebelará y su entusiasmo estudiantil revolucionará o marcará alguna característica especial para esta promoción de filósofos, historiadores y literatos? ¿Nos atreveremos a proponer algo? -No importa que inicialmente no sea tan extraordinario-, o por el contrario, ¿seremos espíritus cuadrículados con profesores también cuadrículados y alineados construyendo “mundos felices” (Aldous Huxley) genéticamente programados? ¿Todo este conocimiento del lenguaje nos motivará a maravillarnos e interesarnos a descubrir en las diferentes texturas de las acciones y los temperamentos, algo que amerite que lo transformemos en un hecho concreto para nuestro entorno y que la historia valide nuestro trabajo?

El lenguaje, el uso del “buen lenguaje” suele ser una de las artes que por estos días nos convoca a muchos seguidores. A pesar de ello, continúa transformándose, no sé si se pueda afirmar de igual manera, que se perfecciona, pero sin lugar a dudas, es el objeto que revolucionó al mundo: le ha permitido a las personas que lo conforman contar de una forma extraordinaria los acontecimientos más importantes y plasmar esas emociones que nos hacen tan humanos.

Catalina no pierde la esperanza y supone que el color negro elegido por el profesor para su vestimenta sea también producto de la mezcla de colores que le ha imprimido a su conocimiento y su experiencia de vida, lo que significaría un buen augurio para esta aventura.